EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Ilusion*, soneto, por D. Manuel de Zequeira y Araujo.—*Fray Agustin*, (traduccion) por D. Faustino Mendez Cabezola.—*Pérdida*, por D. Eusebio Blasco.—*Hijo por hijo*, (continuacion) por doña María Mendoza de Vives.—*Cantares*, por A.—*Teatros*, por una madre de familia.—*Esplicacion y explicacion del figurin de modas*, por Pamela.—LÁMINA.—Un figurín.

Con este número se reparte ademas el pliego quinto del tomo cuarto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

V.

MÉLIDA Á VALENTINA.

Urrea, noviembre de 18...

Tu carta, amiga mía, me ha causado una verdadera alegría.

Todo mi enojo contra tí se ha deshecho, como la bruma que cubre este valle en las primeras horas de la mañana, al penetrar en ella los rayos del sol.

Yo tambien te amo, Valentina: mi buena madre dice que las dulces amistades de la infancia son las mas durables, y tiene razon.

Muchas veces veo tu bella y risueña imágen, en el fondo de mi pensamiento, y deseo poderte estrechar entre mis brazos.

¡Qué hermosa estarás ahora con tus galas de novia, con tus brillantes, y con tu aureola de marquesa! A tu edad, siendo casi una niña, y teniendo todas las ventajas, ¿cómo no has de brillar en ese espléndido gran mundo?

Yo, Valentina, me complazco en creerte ad-

mirada y amada por todos; dichosa, en una palabra.

Hubiera pensado en tí con alguna amargura, si mi hermana hubiera sido desgraciada por causa tuya: si al casarte tú con el marqués de Montemar, ella hubiera, al menos por el pronto, quedado sin esposo: ¡pero ella es tambien feliz! Dios, todo bondad y sabiduría, ha dado á cada una de nosotras tres el esposo que le conviene.

Sin embargo, Valentina, conozco por tu carta que, siguiendo tu triste costumbre, te quejas de tu suerte.

¿Por qué, amiga mía, por qué lo ves todo por el lado negro y no por el rosado? la felicidad reside en nosotros mismos, y el que se halla mal en todas partes es difícil que persuada á los demás de que la culpa es solo de su suerte.

Dios ha dado al cielo sol y nubes, y la vida tiene igualmente sus nublados: ¿por qué le hemos de pedir perpétua serenidad? mejor dicho, ¿por qué has de ser tú de los pobres ilusos que se juzgan con derecho á una felicidad inalterable? si aquí se hallase la dicha perfecta, se llamaría esto *valle de lágrimas*? nuestra patria no es el mundo, sino el cielo, al que aspira el alma en su constante afan.

Pero no quiero que digas que te arguyo con argumentos muy sabidos, y únicamente te diré una cosa: que tienes todo lo que se necesita para ser feliz.

No arrojes, pues, los elementos de dicha que te rodean: luego no los podrias recuperar: yo nada he visto del mundo, Valentina, y solo sé lo que me dictan la razon y el cariño que te profeso: solo esto te digo: pero, guiada por el instinto de mi corazon, te ruego que no sigas por la senda que has emprendido; retrocede, ya que te hallas al principio de ella.

¡Recurrir á dormir para matar el tiempo! ¡á tu edad! ¡casi me espanto al leerlo! ¡Dios mio! y le habeis dado talento para el dibujo y la música, inteligencia para la lectura, buen gusto para todo! Valentina ¿por qué ofendes á Dios, y abrevias tu vida de ese modo? ¿crees que se opone al buen tono el estar ocupada? ¿crees que, para ser mujer de moda, hay que volverse estúpida? ¡qué error! ¡qué lamentable error! tú conoces á mi madre ¿verdad? ¿dónde hay una mujer mas bella, mas elegante, mas seductora? aun es jóven; pero, además de eso, las gracias y la dulzura de la primavera de la vida parecen haberse aposentado en ella: y sin embargo, ¿no sabes que reza, borda, cose, cuida de su casa, arregla por sí misma sus flores y sus joyas, corta sus trages y dirige á su doncella para que los haga? ¿No sabes que ha sido la enfermera inteligente é incansable de mi padre y de mi abuelo? No sabes que peina por sí misma sus cabellos, y que dice cándidamente que ella tiené mejor gusto que las doncellas y peinadoras? ¿y esto se opone á que sea adorable y adorada? ¿se opone á que se la admire? Valentina, el mal no está en hacer las cosas, sino en no saberlas hacer: hazlo con perfeccion, con inteligencia, con talento, y haz todo lo que quieras ó necesites hacer, ya sea asear tu casa, ya confeccionar un prendido, dibujar una flor, ó escribir un libro, arreglar por tí misma los cofres de tu ropa blanca, ó asistir, en un magnífico palco de la ópera, á una primera representacion.

¿Y para esto qué se necesita? un poco de valor, mediana inteligencia, y tener en el alma el instinto de lo bello: solo de la primera de estas cosas necesitas; las otras dos las posces.

No hagas caso de ciertos homenages; haz con ellos como yo con las dalias: en toda mi vida he cortado una para adornarme, porque son para mí la personificacion de la fatuidad.

La mujer casada solo debe ya vivir para su marido: no le es permitido tener amigos, mas que hasta cierto punto: huye de que ningun hombre, como no ostente sobre sus sienes la ve-

nerable corona de la ancianidad, frecuente tu casa á las horas en que no esté en ella el marqués: la intimidad no puede existir con toda su pureza entre una jóven y bella casada y un hombre tambien jóven y agradable: lo que debe hacer ante todo la mujer honrada, es no ostentar la fortaleza de resistir, sino evitar las ocasiones en que sea necesaria la resistencia.

¡Que César te aburre! ¿y por qué? ¿porque está enamorado de tí, hasta la ceguedad, como tú misma dices? ¿y eso te ofende? ¿y eso te cansa? ¡ah, Valentina! ¡consérvale siempre esa ceguedad, y paga con el tuyo ese amor! ¡no desees que se aleje de tu lado! ¿qué mejor compañía puedes apetecer? ¡no te aburras de sus defectos, si los tiene, sino corrígeselos! pero de modo que él no lo conozca, con dulzura, con talento, y, sobre todo, con el ejemplo de las virtudes que á él le faltan.

Piensa que el matrimonio es una hacienda comun, á la que la esposa ha de añadir todo lo que falte al esposo: si él es irascible, ten tú paciencia por los dos: si es superficial, hazle sentir la dulce gravedad de tu conducta: si es imprudente, medita para subsanar sus ligerezas: aprende para recrearle la música que á él le guste: hazle su casa agradable por el aseo, por la comodidad, hasta por la suntuosidad, si á ella es aficionado: ¿en qué has de gastar mejor el dinero que en agradarle? el primer deber de la esposa, es el de complacer á su marido.

Valentina, me asusta por tí el porvenir, si ambos seguís siendo lo que ahora sois: ¡dos niños que se aburren! además hay otra cosa en tu carta que verdaderamente me llena de terror:—yo me he casado con César—me dices—sin amor: la vanidad fué la que me llevó por la mano hasta el altar,—en eso has sido culpable, Valentina: nadie debe ir al altar sin un amor profundo y acendrado. Dios no admite los juramentos que no salen del corazon: yo me figuraba eso mismo y te lo dije... pero nunca esperé de tu orgullo... de tu dignidad que me lo confesaras.

Si no amas á tu marido, procura amarle y no de un modo tibio, sino con todo tu corazon: esa es la base de la felicidad de la mujer: ese es el mayor bien á que puedes aspirar: procura amarle, sea como quiera y con todos sus defectos: porque tras el vacío del corazon llegan en tropel los sueños culpables y las terribles realidades que le llenan de hiel y de lágrimas.

¿Por qué nombras á Camilo y piensas en él? ¿por qué envidias siempre á mi hermana? ¿por

qué piensas tanto en la dicha agena, y tan poco en la tuya, mi pobre y débil amiga? ellos son felices y quiera Dios que siempre lo sean! espero que su dicha no será interrumpida, pues Clara tiene talento y fortaleza bastantes para ser una mujer modelo en virtudes, así como lo es en hermosura.

He dejado de propósito el hablarte de mí para lo último: no soy desgraciada como crees sino muy feliz: mi marido me ama y yo á él en extremo: su hermoso rostro va adquiriendo cada día una espresion mas noble y mas interesante: su bella y esbelta figura es ya elegante, y llegará á ser verdaderamente distinguida; sin embargo, ya no se habla de que vayamos á vivir á la ciudad para que él acabe su carrera de leyes: Santiago se casa con tu hermana, y padre desea que Bautista quede en casa al cuidado de la hacienda para descansar él: Bautista me ha consultado, y yo le he dicho que le complazca en esto.

Su madre es la que sigue algo adusta conmigo: decirte otra cosa seria mentir: no obstante, ya me dijo hace dos dias que hacia las natillas muy bien, y que queria que le bordase un mantelillo para el altar de la parroquia que está á su cargo, y que se halla coronado por una bella imágen de la Virgen de los Dolores; esto ya es algo: al que se le pide, se le ama: el mantelillo está empezado ya á bordar, y agotaré en él todos mis primores.

La Sra. Mariscala está ya buena; sin embargo, ha quedado débil y triste; habla de César llorando! Valentina, no dejes que se olvide de su madre, y en vez de ir á Suiza ó á Italia venid á su lado: no tienes que encerrarte aquí por que va á marchar á Madrid, y allí podeis ir.

Adios, Valentina mia: reflexiona, y no olvides que la dicha, si una vez la despedimos, no vuelve jamás!

MÉLIDA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

LA ILUSION.

Soneto inédito de D. Manuel de Zequeira y Araujo, poeta cubano: leído en Sevilla en la tertulia literaria del ilustrado escritor D. Juan J. Bueno.

Sto transit gloria hujus mundi.

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del mas brillante trono, me ofrecia
El imperio del Orbe, y que ceñia
Con diadema inmortal mi augusta frente.

Soñé que hasta el ocaso desde oriente
Mi formidable nombre discurría;

Que desde el norte helado al mediodía
Mi poder se adoraba humildemente.

De triunfantes despojos revestido

Soñé que de mi carro rubicundo

Tiraba César con Pompeyo unido:

Despertóme el estruendo furibundo,

Solté la risa, y dije en mi sentido:

«Así pasan las glorias de este mundo.»

FRAY AGUSTIN.

HISTORIA DEL SIGLO XVIII.

(Continuacion).

III.

La princesa y el padre Bautista estaban solos. Entonces Leonor levantó su velo, y el religioso, no reconociendo en ella á la abadesa de las Ursulinas, lanzó un grito.

Tratábase de dar un golpe terrible.

—¿Qué profanacion es esta? exclamó el anciano. ¿Cómo os atreveis, señora, á tomar el nombre de una persona?...

—De una persona que es mi prima y mi mejor amiga. Tomad: esta carta me ha dado para vos, encargándome que no hiciera uso de ella sino en caso de absoluta necesidad.

—Pero quién sois?...

—Leed. Tal vez no me creeriais.

—La princesa de Mortello!

—Sí, padre, la princesa Leonor de Mortello, parienta del duque de Toscana y de dos cardenales y la más distinguida y apreciada del rey de Francia. Yo he confiado á S. M. mi proyecto, y con afable sonrisa me ha manifestado aprobarlo en todas sus partes.

—Pero ¿qué quereis? ¿qué pretendeis hacer, señora princesa?

—¿Qué quiero? Oid. La humanidad y la caridad dictarán mis palabras. Un jóven de la nobleza ha sido encerrado aquí, contra todo derecho. Un enemigo poderoso le ha privado, por medio de una carta-orden, de su posicion, de su felicidad y de su porvenir. Se le ha separado con indigna violencia del mundo brillante donde su nacimiento le habia puesto, y se ha imaginado que aceptaría tranquilo este destino, que no echaría de menos el pasado, que tomaría el hábito de monge y que todo concluiría para él. Es un error grosero, un cálculo impío. Enguerrando de Beauvilliers ha dejado amigos en Versalles: yo me cuento en el número de ellos, y he resuelto devolverle la libertad.

—Y pensais, señora!... Sin órdenes formales no podemos....

—Las órdenes llegarán luego; seguirán á la ejecucion de mi intento.

—Esperad hasta entonces.

—Vos no conocéis el carácter indeciso del rey. Es necesario siempre que los acontecimientos impulsen su mano. Estad seguro de que aprobará lo que yo haga.

—Pero arrancar á ese jóven á la religion...

—¿Qué decís, padre? ¿Pensais que puede encadenarse el espíritu, que se puede imponer una vocacion que no se tiene?... Por mi honor, os aseguro que de ningun modo piensa profesar.

—El asunto es sério, señora, muy sério, dijo el padre Bautista mirando á su alrededor.

—Todo lo que os he prometido está conseguido ya. Entre tanto, me permitireis que os dé este bolsillo para los pobres.

—Señora, yo no puedo.....

—Es para los pobres y, por consiguiente, no tenéis derecho á rehusarlo. En cuanto á vuestro porvenir....

—Silencio! dijo el monge. Aqui podrian oirnos. Vamos al claustro, y allí veremos de tomar una decision.... Pero, verdaderamente, esto es una temeridad horrible....

Y salieron.

Aquella misma noche dos hombres atravesaron silenciosamente el jardin y llegaron á una pequeña puerta. El de más edad la abrió y, estrechando entre sus brazos al más jóven, le dijo con ternura:

—Hijo mio, marcha y guarda siempre profundo silencio sobre las circunstancias de tu partida. Me han obligado, me han persuadido, han recurrido á mi caridad.... Hubieras muerto de hastio entre nosotros. Pero si el mundo en donde vas á entrar te abrumare algun dia, piensa en tus amigos, los pobres franciscanos, que rogarán por tí. Qué su recuerdo te fortalezca. Adios!

Y entró, cerrando la puerta con precaucion.

El jóven volvió la cabeza para mirar por la última vez los muros del monasterio.

Tres lacayos encapotados se acercaron entonces á él y le dijeron con respeto:

—Señor, somos criados de la señora princesa de Mortello. Tened la bondad de seguirnos: á cincuenta pasos de aquí, hay una berlina de viaje.

—¿En donde encontraré á la princesa?

—En Versalles.

(Se continuará.)

Faustino Mendez Cabezola.

PÉRDIDA.

Diéronme, hace ya un año,
Una fotografia,
Y al punto la guardé, cual oro en paño,
Que era el retrato de la amada mia.
Al lado izquierdo, en el bolsillo oculto
De mi gaban, la coloqué al acaso;
Y ¡oh raro y grave caso!
Sucedió que la imágen tan querida
Al corazon quedóseme adherida.
Esto debo pensar; pues no comprendo,
Cómo habiendo perdido
Imágen por mi amor tan estimada,
Llevo en mi corazon, siempre latiendo,
La imágen fiel de la mujer amada.

Eusebio Blasco.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion.)

Mas la voz de Peralta que se alzaba desde el pozo incitante y burlona repitiendo: —¿Vacilais? ¿Teneis miedo?—despertó su orgullo, ese mal genio, esa traidora serpiente que con harta frecuencia nos silba al oido, ansiosa de perdernos; entonces respondió:

—¡Miedo! nunca, jamas! y lanzándose á la sima desapareció. A la mitad de su descenso, oyó un ligero chasquido al que siguió instantáneamente un débil y azulado reflejo, convertido pronto en la luz de una vela.

Peralta le aguardaba con ella á dos pasos de la escala; al verle sentar el pié en el suelo, entrególe la bujia diciendo:

—Tomad, mientras cierro la entrada, pues aunque el sitio es solitario, la precaucion nunca sobra.

Y cogiendo un tablon que tenia por un lado el color y la apariencia de una peña, volvió á trepar la escala y á colocarlo en la boca de la sima, sujetándolo por dentro con un hierro asegurado en la roca.

Hecha esta operacion, que fué cosa de unos segundos, y que Salvador observó con esquisito cuidado á la luz de la bujia, Peralta descendió, y tomando la vela y encendiendo otra que aseguró en un cubillo que habia en la pared, dijo al jóven:

—Mirad ahora mi palacio encantado.

Salvador levantó los ojos y se halló en una bóveda de unos treinta pasos de estension, bastante elevada y ancha, mas sin otra abertura que la boca del pozo, lo que hacia que el aire de ella fuese algo pesado. Hacia el confin de la gruta, el liso tronco de un pino ligeramente pulimentado servia de escaño, viéndose ante él un monton de cenizas, indicio seguro de ser aquel sitio el destinado para hogar. A uno de sus lados en un rebasamiento que formaba la roca viva, se encontraban unas botellas, un vaso de búfalo y parte de un pan florecido á consecuencia del tiempo y la humedad. En un extremo de la pieza, espuestas de varias dimensiones, colocadas unas sobre otras, tapando una mayor el rimero que formaban; planchas de cobre, una máquina, que al pronto no reconoció el carpintero, y recortes de aquel mismo metal hacinados en un seron; un manubrio, un pequeño yunque y algunos otros instrumentos amontonados cabe la máquina, era todo cuanto en la cueva se encontraba.

—¿Qué os parece mi casa secreta? preguntó Peralta despues que hubo observado detenidamente la impresion que todos aquellos útiles le producian.

—¿Fabricais moneda falsa? repuso Salvador lacónicamente.

—No falsa, sino muy verdadera; y cogiendo de sobre la máquina una especie de cajita en que no habia reparado Salvador, le presentó unos troqueles de muy buen trabajo.

—Buenos son, dijo Salvador examinándolos.

—Ya lo creo, como que el teniente sobre ser grabador, tenia genio y entendia el asunto. Mirad ahora el género que con ellos se marca y decidme que os parece.

Y levantando la espuerta que coronaba las otras, ofreció á sus ojos todas las demás, llenas de monedas de á seis cuartos.

—Calderilla, dijo Salvador cogiendo unas cuantas y mirándolas á la luz, calderilla y moneda catalana.

—La que mas dá, y menos riesgo ofrece. ¿Creereis que, deducidos gastos, ha llegado á dejar el cuatrocientos por ciento de ganancia? Miradlas, miradlas bien; ¿á qué no echais nada de menos en ellas?

—Sí por cierto, el grillete que llevará de seguro aquel que clandestinamente las fabrique.

El rostro de Peralta se alteró ligeramente, despues dijo:

—Verdad que hay exposicion, pero qué negocio no tiene sus quiebras, y cuanto más lucro mayor riesgo; mas este está asegurado. El sitio es inexpugnable, y con mi método los dos nos bastamos para fabricarla; el que tiene la comision de expenderla, lo mismo que el que proporciona las planchas, no saben del secreto sino lo preciso; somos los dos sus únicos poseedores, pues hasta el medio de conducirla es un misterio que desconoce el mismo que la transporta. Ya veis que podemos estar tranquilos, pues ni vos ni yo...

—¿Y vuestro teniente?

Peralta palideció; luego exhalando un suspiro repuso:

—A existir él, no os hubiera buscado. Tres meses hace que murió; ¡pobre chico! Poco despues des pérdida, quiso la suerte que os conociera y que tanto os debiese. Desde entonces tuve la idea de enriqueceros haciéndoos mi sócio; pero vuestro alejamiento lo retardaba de dia en dia; ya desesperaba de ello cuando os ví ayer con un mocito de mala cabeza; os seguí y entré en aquella casa donde me disteis compasion, de tal modo se os reflejaban en el rostro vuestras secretas emociones. Cuando lo perdisteis todo, al ofrecer dinero sobre vuestra palabra, el que tallaba, que era un militar llegado hace poco, os miró con desconfianza; yo que le conocia os aboné. Tan obcecado estabais que al dar las gracias á los que en favor vuestro no hicieron sino repetir mis propias expresiones, ni aun reparasteis en Peralta que os miraba con pena y con el mismo interés que á un hijo. No hagais ese gesto de duda; sí, con pena, porque estais apasionado y contrariado en vuestro cariño, y con interés, porque sois bueno, laborioso é inteligente y la fortuna no os favorece. Pues bien, yo quiero ser vuestra Providencia; trabajareis conmigo, tomareis vuestras ganancias, y pasado algun tiempo podeis casaros con Coloma y ser rico y feliz con ella, porque, os lo repito, desde que comprendí que la amabais y erais correspondido desistí de mis pretensiones.

El jóven escuchó en silencio estas y otras muchas razones de que se valió Peralta para vencerle. Sencillo, pobre y enamorado, fué fácil de alucinar, cediendo á la tentacion que tan bien en aquel momento sabia cubrirle de rosas la senda del abismo.

Salvador ofreció á Peralta ayudarle y guardar como y más que su propia vida, el secreto del que ya era partícipe.

Desde ese día, confiado en las protestas del aragonés, vió sin alarmarse sus asiduas visitas, riéndose interiormente de las suposiciones de la gente y de los planes de su madre, que creía además medio seguro para alejar toda clase de sospecha.

Fácilmente se comprenderá ahora la tempestad que levantó en su alma la confidencia de Coloma.

—Me engañaba, me engañaba el miserable, repetía ciego de indignacion al salir por la puerta falsa al campo; me engañaba, pero por Dios trino y uno que le hallaré y no ha de reirse de mi.

VII.

La maestra entró en su casa refunfuñando por el mal tiempo que le impedía hacer mil diligencias indispensables para el casamiento proyectado.

—¿Pues qué llueve? preguntó cándidamente Coloma.

—No llueve; pero es preciso ser ciego ó estúpido como tú para no comprender que se acerca una furiosa tempestad; ¿no ves que se ha puesto como si se acercara la noche?

Coloma se asomó en silencio al patio de la casa.

Una densa y plomiza nube que habia empezado levantándose de los cerros como el humo de oculta hoguera, desprendíase de sus altos picachos y avanzaba hácia el pueblo con caprichosas y negras ondulaciones, como una movable montaña, surcada en su fondo por silenciosas culebrinas de fuego.

Al ver la negra mole que, oscureciendo el sol, enlutaba la campiña y amenazaba envolver la poblacion, no pudo menos de exclamar:

—¡Virgen santa de Farnés, y el pobre de Salvador por esos campos!

—No ha ido á las encinas, repuso la maestra, me lo ha dicho en la iglesia la señora Mónica, que lo sabe por su hijo Dalmacio que era de la partida. Han mudado de pensamiento, y han hecho perfectamente; Salvador estará con ellos en el juego de pelota ó en cualquiera otra parte por aquí cerca. ¿Crees tú si no que estaria tan tranquila, siendo como es mi hijo cuanto tengo en el mundo?... Ese mismo rigor que me ves á veces emplear con él y contigo, es por el bien de entrambos; porque desengáñate, quien bien te quiere te hará llorar; los jóvenes rara vez conocen sus intereses, á tí te conviene Peralta, á Salvador Eulalia: ¡qué importa que tú no quie-

ras mucho al aragonés, ni Salvador á la viuda, si las buenas cualidades de unos y otros garantizan la felicidad de todos!...

Un lejano trueno interrumpió á la maestra, que santiguóse murmurando una oracion y entró en su cuarto para rezar el trisagio.

Al verse sola, la jóven retorcióse los brazos con angustia diciendo con desesperaciou:

—¡Cuán desgraciada soy! despues de haber callado dos meses, perder á Salvador por mi imprudencia de esta tarde! ¿por qué en vez de hablarle á él, no le decia á su madre: nó, nó, mil veces nó? Y si valor me faltaba para ello, ¿por qué no huia á casa de Eulalia que de seguro no me hubiera rechazado? ¡Oh! si á Salvador le sucede alguna desgracia, no me la perdonaré en toda mi vida.

Salvador entre tanto corria ciego de cólera por el bosque, que en breve inundarian los torrentes de la sierra, en busca de un riesgo mayor que el que amenazaba la tempestad, pues no hay tormenta mas peligrosa que la que levantan las pasiones de los hombres.

(Se continuará).

María Mendoza de Vives.

CANTARES.

A. E...

A la niña que yo quiero
no se pueden comparar
ni las estrellas del cielo,
ni las perlas de la mar.

Tiene mi niña los ojos
del color de la esperanza,
y del nardo y la azucena
es el color de su alma.

A.

TEATROS.

La reaparicion de la señora Lagrange en el régio coliseo ha sido un nuevo triunfo para esta eminente artista, y un triunfo merecido, por que, ademas de dar nuevas pruebas de su talento, nos las ha dado tambien de haber recobrado la voz de sus mejores dias.

Así mismo han obtenido una legítima ovacion las señoras Penco y Grossi, y el Sr. Gassier

en la *Semiramis*, cuya ópera ha sido puesta en escena con lujo y propiedad.

Como habíamos anunciado á nuestras lectoras, se estrenó en el teatro del Príncipe el nuevo drama de D. Juan Palou y Coll, titulado *La espada y el laud*, alcanzando un éxito muy lisonjero para el autor que fué llamado á la escena al final de los actos segundo y tercero, entre unánimes aplausos.

Algunos han tratado con dureza esta producción comparándola, para formar juicio, con *La Campana de la Almudaina* que tan buen nombre conquistó al Sr. Palou.

Nosotros, con perdon sea dicho, no aprobamos este sistema, porque siempre da por resultado la alabanza de una cosa en desdoro de la otra, y pocas veces el conocimiento exacto del mérito que trata de apreciarse.

Para formar juicio de una producción dramática, nunca debe olvidarse la intención del autor y nosotros encontramos mucho que aplaudir en *La espada y el laud* en cuya obra vemos un brillante paso dado por el Sr. Palou en la difícil senda del arte, que pisó con tanta gloria.

Sabido es que en *La campana de la Almudaina* lo que entusiasmó al público fué una situación dada, situación que quizá entusiasmó también al autor al escribirla hasta el extremo que le hizo olvidarse un tanto de la forma de su obra,

Pero algunos pudieron confundir el efecto de ese entusiasmo con el de la impotencia: tal vez creyeron ignorancia lo que solo fué descuido, y el Sr. Palou, con *La espada y el laud*, ha confundido semejante error probando que también sabe hacer magníficos versos quien de una manera tan admirable supo hacer sentir.

Y no se crea por esto que la nueva producción del Sr. Palou no tiene otras condiciones recomendables que las de la forma, no; *La espada y el laud* está salpicada de escenas llenas de ternura y sentimiento, y abunda en situaciones interesantes.

¿Qué defectos, pues, tiene la obra para que no haya entusiasmado?

Tiene el de que esas mismas situaciones están amontonadas, y unas veces se desarrollan sin la conveniente preparación, y otras desaparecen, apenas indicadas, y como empujadas por las nuevas que incesantemente brotan de la vivaz imaginación del autor.

Tiene el de no encontrarse en el desenvolvimiento de la obra toda la claridad conveniente,

mas bien que por confusión del argumento, por inconsecuencia de los caracteres.

Pero entre estos defectos que dejamos apuntados y algunos otros insignificantes, porque ninguna obra humana está exenta de ellos, tiene uno muy grave: el de ser su autor el autor de *La Campana de la Almudaina*.

La empresa del teatro del Príncipe ha puesto en escena esta producción con el esmero que acostumbra, y por el cual merece elogio, como lo merecen también los actores encargados de interpretarla, mas que por su acierto, por su buen deseo y por la riqueza y propiedad de los trages.

En el teatro del Circo se ha estrenado una zarzuela en un acto titulada *Una apuesta en la velada de San Juan*, la cual llamó la atención, aun antes de que se representara, por la circunstancia de ser la letra y la música obra de una señorita. Esta señorita lo es D.^a Natividad Rojas, á quien debe haber lisonjeado mucho la acogida que ha obtenido su producción.

En el mismo teatro del Circo se ha estrenado posteriormente, con gran éxito, una Revista cómico-lírico-fantástica en un acto con el título de **1864-1865**. El pensamiento de esta obra es originalísimo y completamente nuevo en España, y su autor, el Sr. Gutierrez de Alba, ha demostrado muchísimo talento en la manera de desarrollarlo venciendo los graves y no pocos inconvenientes que ofrece el propósito de echar en cara al público, que ha de juzgar, sus propios defectos.

Nosotros solo encontramos uno en la ingeniosa obra del Sr. Gutierrez de Alba, y es el desconsuelo que deja en el ánimo del espectador, defecto que hubiera podido enmendarse fácilmente si después de pintarle con tan descarnados colores el deplorable estado del presente, le hubiera mostrado la seguridad de llegar á un risueño porvenir, sustituyendo la mala fé con la confianza, el odio con el cariño, la supercheria con el trabajo, el vicio, en fin, con la virtud.

Una alegoría que así lo demostrase hubiera sido de mejor y mas saludable efecto que la exhibición del incendio de la fragata *Triunfo*.

No obstante, enviamos nuestro parabien al Sr. Gutierrez de Alba por la ovación que recibe todas las noches que se representa su *Revista*, que es una rica y oportuna mina para la empresa del coliseo de la plazuela del Rey.

El éxito desgraciado que ha obtenido la comedia en tres actos arreglada del francés con el

título de *Lucía y Adela*, estrenada últimamente en el teatro de Variedades, nos dispensa de ocuparnos mas detenidamente de esta producción que carece de interés y verosimilitud. Compadecemos al que llora.

Una madre de familia

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

FIGURA 1.^a *Trage de visita y paseo*: Vestido de gros color Habana bordado de galon negro soutache y torzal en su parte inferior y en forma de delantal: este dibujo, que figura lazos y ramitas con frutos, es de un efecto delicioso y completamente nuevo: los lazos están formados por galon de seda negro: el ramage con soutache, y los frutos, que son muy pequeños, se bordan con torzal á punto de nuditos.

Se borda despues de cortada y hecha la falda á la mano, y aunque parece obra muy prolija, se ejecuta en muy breve tiempo, y cuestan una cantidad insignificante los materiales que en ella se emplean: tan insignificante, que no pasa de treinta reales.

El cuerpo—cortado con aldetas todo al derredor—se borda en los dos delanteros antes de coserlo: el dibujo es en conexion con el de la falda, pero mas en pequeño.

Mangas casi ajustadas, con hombreras formadas por una fila de bellotas de pasamanería del color del vestido: el mismo adorno se repite en la parte inferior hasta el codo en la costura del mismo; el pecho se cierra con botones de pasamanería.

Cuello y puños de tela de hilo, adornados de una puntilla de valenciennes.

Corbata de terciopelo azul con fleco en los extremos. Sombrero de terciopelo azul que forma un *fanchon*, cuya punta cae hasta la frente; detrás gran lazo de cinta azul, y margaritas de los campos en terciopelo blanco.

Guantes amarillos.

Este trage es muy lindo para señora casada, sobre todo, para usarle hasta las dos de la tarde: porque nosotros creemos que cada hora necesita de sus colores á propósito, y que los oseuros son del mejor gusto en las primeras horas de la mañana.

El chal de cachemira, sobre el que apoya su brazo izquierdo esta graciosa figura, es el complemento de su trage y, como se vé, es de un matiz claro y agradable.

FIGURA 2.^a *Trage de recibir, y de comida de confianza*: Vestido de raso negro, adornado en la parte inferior de la falda por grupos de cintas de terciopelo y galones de cachemira alternados: cada grupo se compone de tres de las primeras y cuatro de los segundos, cortados todos en punta en la parte superior y colocados simétricamente: es decir, el de en medio mas largo y los demas en disminucion.

Cuerpo con grandes faldones, cerrado hasta el pecho con botones de terciopelo, y que se abre y redondea despues sobre un chaleco tambien de terciopelo, abrochado á su vez con botones de azabache: el espacio del cuerpo que está cerrado, está adornado del mismo modo que la falda con galones de cachemira y cintas de terciopelo alternadas.

Mangas del todo ajustadas con hombreras figuradas por el mismo adorno que se repite en la parte inferior y en los faldones del cuerpo.

Cuello y puños lisos, guarnecidos de un pequeño encage.

Pendientes largos, alfiler y botones de los puños de oro abrillantado.

Sobre el cabello, sujeto bastante alto, redécilla invisible, guarnecida de un terciopelo color de grana, que atraviesa á la *griega* la parte superior de la cabeza y se enlaza en el lado izquierdo, bajo una abrazadera de oro, descendiendo despues en caídas.

Este trage, lo mismo que el otro, es propio para señora casada: mas diremos; este es absolutamente inadmisibile para una señorita, por ser de raso y negro.

En cambio, una señora de edad avanzada tiene en él un atavío del mejor gusto por su sencillez rica y exenta de pretensiones.

Escusamos decir que el terciopelo grana no se aviene con los cabellos blancos, y que una señora mayor puede reemplazar el adorno, que muestra nuestro grabado, con un *fanchon* de blonda negra, ó de encage blanco, cuyas puntas se sujetan en el peinado con alfileres de oro dejándolas despues flotar por la espalda.

La ancianidad puede tambien ser elegante, y recomendaremos á las señoras de edad todos los trages que nos parezca que le son convenientes.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—Imp. Española, Torija, 14.